

triunfo

AÑO XXIX * NUM. 610 * 8 JUNIO 1974 * 25 PTAS.

MIRÓ

**HOMENAJE FRANCÉS
AL MAESTRO ESPAÑOL**



JOAN MIRÓ: "LA LECCIÓN DE ESQUÍ".

**SENDER:
REGRESAR ES
MORIR UN POCO**

**SOBRE
LA APERTURA
(EN FRANCIA)**

SUMARIO

5.ª EPOCA * AÑO XXVIII * NUM. 610 * 8 DE JUNIO DE 1974 * 25 PESETAS

DIRECTOR

José Angel Escurrea

SUBDIRECTOR

Eduardo Haro Tecglen

JEFES DE REDACCION

César Alonso de los Ríos
Victor Márquez Reviriego

REDACCION EN BARCELONA

Manuel Vázquez Montalbán

REDACCION Y COLABORACION

Juan Aldebarán • Francisco Almazán • Pablo Berbén • Sixto Cámara • Luis Carandell • Eduardo Chamorro • Ramón Chao • Chumy-Chúmez • Luis Dávila • Guillermo Luis Díaz-Plaja • Antonio Elorza • Diego Galán • José Luis García Delgado • José Antonio Gómez Marín • Fernando Lara • Arturo López Muñoz • Diego A. Manrique • Enrique Miret Magdalena • José Monleón • José María Moreno Galván • Juan Muñoz • OPS • Nuria Pompeia • Joaquín Rábago • Regueiro • Santiago Rodríguez Santerbás • Santiago Roldán • Saltés • Joan Senent-Josa • Tauler • Dr. J. A. Valtueña • Martín Vilumara • Ricardo Zamorano

*

SERVICIOS INFORMATIVOS:
Cifra • Efe • Europa Press • Fiel • Prensa Latina • SERVICIOS ESPECIALES: Le Nouvel Observateur

*

DIRECCION TECNICA

Antonio Castaño

CONFECCION: A. Jiménez • FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez • ARCHIVO Y DOCUMENTACION: Carmen Fernández Ruiz y E. Fornet • LABORATORIO: Manuel S. Uría

*

DIRECCION ADMINISTRATIVA

Juan Carlos Aramburu

CONTABILIDAD: Carlos Utasá
DISTRIBUCION: Antonio Perales • EXPEDICION: Manuel Fernández • SUSCRIPCIONES: María José Urizarra

SERVICIOS GENERALES:

Araceli Ramiro

SECRETARIA DIRECCION:

Begoña García Bilbao

COPYRIGHT BY TRIUNFO 1974. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia.

TRIUNFO no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

CONTROL DE DIFUSION



	Págs.
<i>SOBRE LA APERTURA (EN FRANCIA), por E. Haro Tecglen</i>	6
<i>PORTUGAL VISTO DESDE ESPAÑA, por E. H. T.</i>	7-9
<i>LA CAPILLA SIXTINA: DON SANTIAGO CARRILLO</i> ...	9
<i>LA CAIDA DE LUCIANO LIGGIO</i>	10-11
<i>LOS CONTEMPORANEOS: CUANDO VUELVEN LOS ROJOS, por Pozuelo</i>	11
<i>FASCISMO: LA MATANZA DE BRESCIA</i>	12-13
<i>LA PULGA Y EL PERRO, por Fernando Lara</i>	14
<i>SILLA DE PISTA: OTRA SERIE DE LIBROS, por Luis Carandell</i>	15
<i>BARCELONA: PORCIOLES CONTRAATACA, por M. Vázquez Montalbán</i>	16-17
<i>COLEGIO DE MEDICOS: UNA ELECCION NO TAN PERDIDA, por L. C.</i>	17
<i>SENDER: REGRESAR ES MORIR UN POCO, por Diego Galán</i>	18-20
<i>LOS MALENTENDIDOS DEL PERONISMO, por Fernando Rojo</i>	25-27
<i>URUGUAY: UN PAIS SE MUDA, por M. E. Gilio</i>	28-29
<i>CHUMY-CHUMEZ</i>	31
<i>NUEVOS ASPECTOS DE UNA VIEJA ENFERMEDAD, por J. A. Valtueña</i>	32
<i>EL LIBRO EN SU FERIA, por J. C. Arévalo</i>	37-41
<i>OPS</i>	43
<i>UN FESTIVAL PROUSTIANO, por F. Lara</i>	44-47
<i>GRAN EXPOSICION DE MIRO EN PARIS, por J. Corredor-Matheos</i>	48-52
<i>REGUEIRO</i>	52
<i>SALTES</i>	54
<i>NI GALLINAS NI CAMELLOS, por José Monleón</i>	57-59
<i>SINDERESIS DE AZORIN, por Francisco Ayala</i>	60-62
<i>CON OCTAVIO PAZ, por E. Chamorro</i>	63-64
<i>DIVORCIO, HOY, por E. Miret Magdalena</i>	69
<i>ARTE, LETRAS Y ESPECTACULOS: Libros: El callejón sin salida. Tres coloquios. Teatro de Günter Grass. Cine: La historia de un matrimonio medio. Terror mítico y terror real. Una ojeada al "dossier Dominici". Arte: Juana Francés. Homenaje a Millares. Teatro: Rianza, Hormigón, Nieva. Canción: Miradas al pasado</i>	71-76
<i>"TRIUNFO" RECOMIENDA</i>	76
<i>CELTIBERIA SHOW, por Luis Carandell</i>	77
<i>HEMEROTECA</i>	78-81
<i>LECTORES</i>	83
<i>DAMERO</i>	84

triunfo

EDITA: PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION: Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00*. MADRID-15. Cables. Prensaper. PUBLICIDAD: REGIE PRENSA. Director general: Joaquín Moreno Lago. Avenida Generalísimo, 87. Teléfono 279 77 15. MADRID-16. Director Cataluña: Emilio Becker. Paseo de Gracia, 101. Teléfono 227 28 71. BARCELONA-11. IMPRIME. Hauser y Menet, S. A. Plomo, 19 Madrid-5. D. L.: M. 1.272-1958.

TARIFAS DE SUSCRIPCION.—ESPAÑA: Semestral (26 números), 625 pesetas; anual (52 números), 1.200 pesetas. Portugal, Marruecos, Filipinas e Hispanoamérica: Semestral, 800 pesetas; anual, 1.400 pesetas. Restantes países: Semestral, 950 pesetas; anual, 1.500 pesetas. Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes. EJEMPLARES ATRASADOS: 25 pesetas.



Una muchacha y un joven marinero durante una de las manifestaciones organizadas en Lisboa en pro de la independencia para las colonias que Portugal mantiene en Africa.

PORTUGAL: unos movimientos políticos, unos movimientos sindicales, unas reivindicaciones salariales, después de medio siglo de mordaza y ligaduras, mirados con esa lupa, se ven como abultados. Desde unos puntos de observación democráticos, por el miedo a que se empañe lo que se ha hecho con tanta suavidad; desde los otros, con cierta fruición, con cierto entusiasmo. Con la esperanza de encontrar una justificación para lo anterior. Salta una de las palabras más odiosas que ha inventado el vocabulario de la derecha, «populacho» (la izquierda no es insensible a esta noción, aunque la haya transformado: el «lumpenproletariat», o simplemente «lumpen»). Se habla de «anarquía»: lo han hecho dos, tres miembros de la Junta de Salvación, y la lupa se aplica inmediatamente a la palabra, como si ella por sí sola pudiera describir la complejísima situación portuguesa actual.

Portugal, desde España, está siendo víctima de una desinformación. Puede decirse que desde el 25 de abril, en que se produjo el cambio de situación, Portugal ha sido objeto de una minuciosa, cuidada y exacta información por parte de los periodistas españoles, sea cual sea su ideología personal y la del periódico que han representado. Con los errores que puedan ser propios de cada

uno de nosotros al tratar de encontrar información en las fuentes en que se ha podido, al tratar de unificar cada uno la información obtenida, la observación propia, con el sentido que parecía desprenderse de los datos. Dificultad mayor la de buscar ese sentido: no lo tiene todavía. El sentido estricto del movimiento del 25 de abril era el de liberarse de una situación imposible pero existente en la metrópoli y en las colonias y el de crear una instrumentación política y administrativa por la cual pudiera desprenderse en el plazo de un año —el fijado para las elecciones— cuál es el verdadero fondo del país: qué partidos prevalecen, cuáles van a quedarse en minoría. Qué ideologías, qué formas de hacerse cargo del futuro y de administrarlo. Profetizar sobre ese final es un ejercicio inútil, porque no está escrito. Al abrir

la puerta del futuro no escrito, rompiendo el sello de un régimen para el cual el futuro sólo podía ser idéntico al pasado, se han liberado las fuerzas políticas que han de componerlo. Y las fuerzas sociales. Se ha iniciado, por lo tanto, una lucha. Esto es, una normalización política. Sus resultados son imprevisibles. Su realidad, por ahora, es moderada. La llamada «narquia», las huelgas, las reclamaciones, no alcanzan siquiera los niveles que en otros países de la democracia occidental, con sistemas y con instrumentos establecidos desde hace años, o desde hace siglos. No llegan ni de lejos a las agitaciones sociales de Gran Bretaña, que provocaron elecciones anticipadas y la caída de Heath; no llegan a las de Francia en los últimos meses de Pompidou (y a lo que será en octubre, acabado el verano, si de aquí a entonces Giscard no encuentra la fórmula mágica para un equilibrio social), ni los disturbios llamados lingüísticos de Bélgica, ni la tragedia de los coletazos fascistas de Italia. Ni, naturalmente, la situación de Irlanda del Norte. Describir ahora a Portugal como un país en plena crisis anárquica es algo que parece carecer enteramente de motivación real.

Hay que buscar la motivación artificial. Si los periodistas españoles, en inmensa mayoría, han

aunque pudiera ser, que haya un desequilibrio en ese sentido dentro del Gobierno, más bien tiendo a creer que deliberadamente se abre primero en la información y en la opinión con objeto de medir su alcance y sus posibilidades en otros sectores; podría haber un salto atrás, o un salto hacia delante. Esto no pasa de ser una opinión. En muchos, por una especie de cobardía. Los políticos utilizan la metáfora. En el tiempo o en el espacio. O bien se sujetan al llamado «error Berenguer», o a la defensa de Berenguer, aplicándose a la falsedad de actualizar un tiempo histórico, o bien se lanzan hacia Portugal. Como ya lo hicieron con Chile. Naturalmente, un político, como un periodista que escribe de política, debe estar atento a los grandes fenómenos internacionales por lo que tienen de significado común, por sus repercusiones, por sus enseñanzas políticas. Pero deformarlos, ocultar unos hechos, abultar otros hasta extremos inverosímiles, despreciar datos o, en último extremo, inventarlos, no solamente arroja confusión sobre esos hechos reales, sino también sobre el momento político español que se finge esclarecer.

Los hechos políticos son difícilmente homologables. Lo son sus grandes líneas. En la situación de Portugal podemos encontrar unas líneas de fuerza que aparecen en otras situaciones: desde la revolución burguesa en Francia, de 1789, a las independencias africanas, o las caídas de algunos tiranos antiguos y modernos. Son las líneas de fuerza que determinan que cuando se sustituye un régimen sólidamente armado, entramado, una situación de rigidez, sobreviene un período de busca de unos nuevos centros de gravedad. Hay algunas de esas líneas de fuerza que podríamos llamar, con todas las reservas que requiere el término, naturales, porque suceden una gran parte de las veces. Otras son artificiales porque los propios políticos que protagonizan el cambio, o los nuevos valores que surgen de él, buscan antecedentes, tratan de repetir situaciones que fueron óptimas o de rechazar otras que resultaron negativas. Al margen de estas constantes, hay unos datos genuinos: niveles de vida y de educación cívica y política, riqueza o pobreza; influencia de potencias extranjeras, del contexto de la zona en que se desenvuelve la situación; relaciones de fuerzas físicas —armas—, relaciones de fuerzas políticas —partidos y adhesión popular a esos partidos— y una serie de imponderables —palabras que se pronuncian o no se debían haber pronunciado, o viceversa; líderes que surgen, chispazos revolucionarios o contrarrevolucionarios— que hacen que la situación sea exclusiva, propia, original. No se en-

PORTUGAL, VISTO DESDE ESPAÑA

aplicado una honestidad informativa al fenómeno político de Portugal, aun manteniendo la originalidad de sus puntos de vista, ¿qué ha pasado ahora? Ha pasado que una forma de hacer política se ha apoderado de ese tema. Escriben menos de Portugal los periodistas; escriben más los políticos, los del pasado y los del futuro. Los políticos aspirantes y los políticos decadentes tienen en España un vicio común: el de la metáfora. Los políticos españoles, aprendices o jubilados, no se han dado cuenta todavía del alcance de la apertura informativa y de opinión que se les está dando, quizá porque están adheridos a situaciones antiguas, quizá porque, con una natural cautela, no se encuentran muy seguros hasta que el índice de apertura no se amplíe en otros Ministerios que no sean el de Información (no trato de decir,

PORTUGAL

contrará otra igual en la historia ni en la actualidad. Creo que los comentarios de todos los observadores extranjeros en las jornadas portuguesas de abril y mayo —puedo prácticamente asegurar que no hubo ninguna excepción— aseguraban entonces que no habían visto nunca nada igual. Podía tener para unos un valor peyorativo, para otros meliorativo: pero la verdad es que periodistas acostumbrados a viajar por el mundo en busca de situaciones se encontraban en Lisboa ante una que les era desconocida.

Homologarla, por lo tanto, a otras posibles o imposibles es algo peor que una simpleza: es una miseria. Para Portugal y para España, si es que de alguna forma se busca esa homologación. Entenebrecerla para hacer ver que el futuro de España sería tenebroso a su vez si la apertura, la llamada apertura, se prolongase, se profundizase, se hiciese común, es algo que parece notablemente grave, tanto desde el punto de vista de la información como desde el punto de vista de la política activa.

No parece que lo que está sucediendo en Portugal sea, por ahora, insólito, ni alarmante. Están actuando unas fuerzas que tienen distintos propósitos: desde las que propugnan que el Estado sea fuerte y conservador, hasta las que buscan una revolución inmediata. Los buscadores de la revolución inmediata son los mismos que en otros países, que en todos los países: los que el lenguaje marxista llama grupúsculos. Su pensamiento no es incoherente. Creen que las condiciones dadas por la nueva situación permiten que se haga una revolución que no se ha hecho y que temen que no se hará nunca si no es ahora. Hablan a los trabajadores en el sentido de que sus salarios aumentados —los 3.300 escudos, ocho mil pesetas, que se han fijado como mínimo— serán devorados por la inflación a medida que el tiempo pase, y que ese tiempo pasará en contra de ellos. Estos grupos insisten en que no se trata de mejoras salariales, de semanas de menos horas de trabajo o de seguridad social, sino de incautación pura y simple de medios de producción. Sobre ellos están los partidos de la izquierda que han entrado en el Gobierno, el socialista y el comunista: tampoco es incoherente su pensamiento. Creen que una revolución produciría inmediatamente una reac-



El ministro portugués de Territorios de Ultramar, Antonio de Almeida Santos, y Pedro Pires, del Movimiento de Liberación de Guinea Bissau —en la foto, centro izquierda y centro derecha, respectivamente—, a la salida de una reunión en la que se trató de la posible independencia de ese territorio.

ción; que la relación de fuerzas es desfavorable para ese tipo de política activa, y que sólo conseguiría un retraso con respecto a lo conseguido, y una hipoteca para el futuro. Los dos partidos de la izquierda apoyan a los otros que forman la coalición del Gobierno provisional civil, incluso a la Junta, para que mantenga las posibilidades de la democratización como vía de acceso al poder: será el pueblo en las urnas el que decida quién y cómo va a gobernarle, y cómo se ha de establecer la relación entre el capital y el trabajo, sin excluir la posibilidad de la desaparición del capital en un futuro por medio de nacionalizaciones o colectivizaciones.

En las recientes huelgas, el partido socialista, y sobre todo el partido comunista, que tiene ahora mucho más prestigio y mucha más adhesión en Portugal, están haciendo una campaña de moderación. Lo están haciendo en todos los temas nacionales. Alvaro Cunhal, secretario general del Partido Comunista Portugués, compareció hace unos días ante el Movimiento de la Juventud Trabajadora para hablar en este sentido: «Estamos seguros de que (el Movimiento) educará a los jóvenes simultáneamente en los ideales de defensa de los intereses de nuestra Patria, en el patriotismo esclarecido y los ideales de solidaridad, fraternidad y cooperación con los jóvenes trabajadores de todo el mundo (...) los principios del internacionalismo proletario», para pedir, en fin, que los desertores, los refractarios al servicio militar, volvieran a la patria: «Tendrán, naturalmente, que cumplir el servicio militar,

como todos los jóvenes portugueses». Son necesarios a la construcción del Portugal democrático en el que nuestro pueblo está hoy empeñado». Esta es la línea general de la izquierda portuguesa. Si se enfrenta con la otra, con la de los llamados «grupúsculos», es una disidencia tradicional. Podríamos encontrar sus huellas, quizá, en la temática de la guerra civil española, en que unos grupos pretendían hacer la revolución simultáneamente con la guerra, como premisa esencial para ganarla, mientras otros pretendían ganar la guerra por las vías clásicas para hacer después la revolución que resultase posible hacer. Apurando más, nos encontramos con los problemas entre bolcheviques y mencheviques en la Rusia de 1917 (los bolcheviques eran, entonces, el partido comunista). El que estas dos líneas se hayan enfrentado en la Historia no quiere indicar cuál de ellas debe prevalecer en un momento dado, ni siquiera que su enfrentamiento sea real: los grupos revolucionaristas, por ejemplo, representan en Portugal una minoría muy escasa y muy marginada: no puede decirse que su enfrentamiento con la izquierda que permanece en el poder resulte equilibrado. Que pueda o no llegar a serlo, es una cuestión de futuro. Es decir, de la manera en que los partidos, el Gobierno, la Junta o los capitanes vayan sorteando los múltiples problemas del país, desde la descolonización a la reconstrucción económica. Conviene insistir en que esos problemas no son suyos, no son creación del 25 de abril: son los viejos problemas acumulados por el fascismo durante

cincuenta años de mal gobierno y de falsificación de la vida nacional. Fueron retenidos por la fuerza. Pero hubo un momento en que fueron superiores a la fuerza misma, y por ello cayó el régimen. Los problemas con que se enfrenta hoy Lisboa son los problemas del fascismo, los que no sólo no resolvió, sino que creo durante cincuenta años.

¿Van a ser víctimas las fuerzas de la izquierda que colaboran con el régimen de su propia colaboración? No es imposible. Puede estimarse, con los extremistas, que están puestas por la Junta y por el capital que colabora con ella desde antes de la caída de Caetano, para contener la situación social. Sin duda lo saben. Y saben también que su actuación posible será la resultante de un pacto. Algo que no debe ignorarse del movimiento del 25 de abril —hasta parece obvio insistir en ellos— es que no procede de una revolución popular, sino de un movimiento burgués apoyado por el capital como consecuencia de un empobrecimiento y de un riesgo económico: los capitanes, sus manifiestos, su Junta propia, han actuado en el sentido de una revolución burguesa y de una democracia avanzada. Pero debe añadirse algo muy importante: sin la resistencia del pueblo, de los intelectuales, de los trabajadores, ese régimen nunca hubiese caído. Precisamente lo que se revela ahora de la policía política, de la PIDE, es que su actuación y su fuerza estaban aplicadas a contener los movimientos populares. La mayor parte de los dirigentes no militares de la situación actual han sufrido cárceles y persecuciones. No es, por lo

tanto, un simple «golpe» dentro de una tradición clásica de las revoluciones de palacio: es un pacto implícito —que después se ha hecho explícito— del Ejército que ha dado el golpe, desde sus diversos escalones, y el pueblo, que había desgastado al régimen por su resistencia. Si los civiles del Régimen saben que el golpe no lo han dado ellos, los militares saben que no habrían podido darlo, o resolverlo como están tratando de resolverlo, sin un pueblo previamente predisposto y unos políticos que habían actuado incesantemente.

Nada más lejano a la situación actual de Portugal que la anarquía que se achaca desde el hispanocentrismo, o desde el miedo. No está excluido que esa anarquía pueda llegar a aflorar en un momento dado, como no está excluido un controgolpe desde la derecha, desde la Presidencia de la República y de la Junta. Esta es la característica esencial de Portugal: que no tiene su futuro predeterminado.

Podríamos decir, también, que esa es la grandeza del movimiento desde que se inició hasta nuestros días: que no ha buscado, como en las situaciones precedentes en otros países, instaurar desde el primer momento un orden prefabricado. Ni suspender los mecanismos de creación de la legalidad, como se ha hecho en Grecia, o en Chile; destruir la libertad de prensa, la de partidos, la de parlamento. Frente a los golpes cerrados, ha sido un golpe abierto: ha tratado de partir de un cero para inventar algo que se está inventando poco a poco, día a día. Las reclamaciones de los revolucionaristas por la revolución, las de la Junta por el orden y sus admoniciones, en sus dos exageraciones, son necesarias. Son necesarias las huelgas y las reclamaciones de salarios, que dan señal de que el pueblo no se conformará con una simple reinstalación del capitalismo en sus mejores beneficios, como son necesarias las adventencias de los partidos de la izquierda gubernamental para que esas huelgas no se salgan de un cauce. Son necesarios los partidos políticos, y hasta su enorme multiplicación, porque un país al que no estaban permitidas las opiniones tiene necesidad de encontrarse con ellas, de contrastarlas, de elegir. Es ridícula la rabietta de algunos hispanocentristas que llegan a decir que los par-

tidos están haciendo política partidista en lugar de política nacional: porque la política llamada partidista es simplemente la manera de entender la política nacional de cada uno de los partidos. Hay que entender claramente que el monopolio de la idea de patria, de la idea de lo nacional, no pertenece a unos partidos más que a otros, y que el internacionalismo no es nunca peyorativo en cualquiera de los dos sentidos en que puede solicitarse: en el proletario que defiende Cunhal y el partido comunista, o en el de las grandes organizaciones internacionales, en el de los comprometidos con un mundo existente, que defiende la Junta; incluso en el de las empresas multinacionales que defienden los grupos de capital, siempre que éstas estén reguladas por las condiciones de trabajo y de beneficio de la entidad geográfica que las acoge, y no, como estaba sucediendo en Portugal, aprovechándose de la explotación de mano de obra y de las materias primas traídas de África a costa no sólo de esos países explotados, sino del soldado portugués que luchaba por ellas.

Otra cosa es la importancia, o la influencia que se dé a determinados acontecimientos políticos internacionales sobre el interior de España. El desenvolvimiento de la situación en Portugal puede tenerlos, y muy importantes, en un sentido o en otro; como los va a tener la nueva situación política de Francia, donde otro régimen ha sido liquidado. Pero no será negando, entenebreciendo, tratando de deformar la realidad, como esa realidad va a dejar de influir. Los problemas de España y sus salidas, sus soluciones, son los suyos propios, y no los ajenos. Que el hispanocentrismo se dirija a examinar, a analizar las situaciones y las complejidades españolas, y no a deformar, desinformar o teñir las de otros países. No sólo no servirá de nada (no por decir que Portugal va mal, va a ir realmente mal, ni los orgullosos o pretenciosos consejos para que «enderece su camino» tienen ningún sentido), sino que será absolutamente pernicioso para algo que se está tratando de hacer por todos los sentidos políticos y a todos los niveles, salvo los de unos cuantos desdichados que han visto su tiempo agotado sin darse siquiera cuenta: la educación política del pueblo español. ■ E. H. T.

La Capilla siXtina

DON SANTIAGO CARRILLO

Ultimamente está Santiago Carrillo como muy coloquian-te, y a quien quiere escucharle le cuenta, por una parte, que quiere volver a España, y por otra, que volver no significa dejar de ejercer su oficio: la política. No he asistido a la famosa rueda de prensa, pero sí he asistido, un tanto atónito, al espectáculo de las reacciones políticas e informativas del país. Salvo contadísimas excepciones, han sido reacciones muy civilizadas, tan civilizadas, que se ha producido la extraña sensación de que Carrillo había convocado la rueda de prensa en Pamplona. Intrigado por esta circunstancia, he decidido ponerme al habla con el secretario del Partido Comunista de España.

—¿Don Santiago Carrillo?

—El mismo.

—Me llamo Sixto Cámara; yo soy escritor...

—¿Sixto! ¿Cómo sigue Encarna?...

—Pues... yo...

—¿Y Menelao el Areopagita?

—Pues a medias, verá usted...

—¿Y Marco Antonio Alfonso de los Arroyos? ¿Es verdad que hay grupos de presión palentinos y onubenses en la Redacción de TRIUNFO?

—¿Y cómo lo sabe usted, coño?

—Información. La clave de nuestro tiempo. Por cierto, ¿esa campaña contra los enanos es verdad?

—Hombre, es previsible.

—Lo digo porque yo tampoco soy muy alto, y a ver si ahora me detienen y me procesan por no dar la talla.

—Mire, yo le llamaba para que me explicara por qué ha habido tan pocas tormentas después de su rueda de prensa en París.

—Porque las ruedas de pren-

sa son actos civilizados de comunicación, hijo mío.

—Pero usted tenía una imagen construida en la que no le faltaba ni una pezuña, ni un rabo de Maligno.

—Pero eso era en la época de la radio. Ahora priva la "tele", y, desengañese, soy más fotogénico que el sesenta por ciento de políticos españoles en ejercicio. No llego a la perfección física de Cunhal, que parece una mezcla de Tuñón de Lara y de Blas de Otero, pero seguro que daría una buena imagen en la pequeña pantalla.

—¿Se va a presentar usted a un concurso de Televisión Española?

—No se me había ocurrido, pero lo pensaré. De momento, lo importante es volver.

—Bueno, corto porque la conferencia ya me sube un poco.

—Y tal como se han puesto los precios...

—Yo tengo un sueldo de periodista, pero usted es todo un secretario general, y además, el oro de Moscú...

—Que no señor. Que Tengo un sueldo que da risa. En el último Congreso dije que había que subir el sueldo de los dirigentes profesionales, y recibí la primera adhesión por unanimidad. Y el oro de Moscú ahora se emplea para invitar a Nixon.

—Pues si supiera usted lo que me pagan por cada "Capilla Sixtina"...

—Dígame, Sixto, ¿y a cuánto está la ternera en Madrid?

—A doscientas noventa el kilo.

Silencio al otro lado del hilo. Finalmente, un carraspeo.

—Me parece que voy a reconsiderar mi propósito de volver. ■

SIXTO CAMARA